

escribo á usted, sobre todo para rogarle que sea fiel á sí mismo y á los suyos. Querido mío, la sociedad en que va usted á vivir no podría existir sin la religión de un deber, y usted la desconocería, como la desconocía yo, dejándose llevar por la pasión y la fantasía, como me dejó yo llevar. La mujer no es igual al hombre si no hace una continua ofrenda de su vida, mientras que el hombre no sería hombre si no hiciese de la suya una continua acción. Ahora bien, mi vida no fué más que un continuado éxito de egoísmo, y, sin duda, Dios le colocó á usted, al declinar ya mi vida, á la puerta de mi casa como mensajero encargado de mi castigo y de mi perdón. Escuche usted la confesión de una mujer para quien la gloria fué un faro cuyo resplandor le mostró el camino de la verdad. ¡Sea usted grande, é inmole sus caprichos á sus deberes de jefe, de esposo y de padre! Levante usted el abatido pendón de los antiguos Guenic y muéstrese en este siglo, sin religión ni principios, el hidalgo en toda su gloria y esplendor. Hijo querido de mi alma, permítame usted que por un momento haga el papel de madre, toda vez que la adorable Fanny no sentirá celos de una hija muerta para el mundo y cuyas manos verá usted en lo sucesivo levantadas siempre al cielo. Hoy, la nobleza necesita más que nunca la fortuna: acepte usted, pues, Calixto, una parte de la mía, y haga buen uso de ella. Esto que le hago á usted no es una donación; es un fideicomiso. Al ofrecerle las ganancias que el tiempo me procuró con mis propiedades de París, he pensado, más que en usted, en sus hijos y en su antigua casa bretona.»

—Firmemos—dijo el joven barón con gran asombro de la asamblea.

TERCERA PARTE

Un adulterio retrospectivo

A la semana siguiente, después de la misa de boda, que, según costumbre de algunas familias del arrabal Saint-Germain, se celebró á las siete en Santo Tomás de Aquino, Calixto y Sabina subieron á un bonito coche de viaje en medio de los abrazos, de las felicitaciones y de las lágrimas de veinte personas agrupadas bajo el cobertizo del palacio de Grandlieu. Las felicitaciones provenían de los cuatro testigos y de los hombres, y las lágrimas se veían en los ojos de la duquesa de Grandlieu y de su hija Clotilde, que temblaban agitadas por el mismo pensamiento.

—¡Hela ya lanzada á la vida! ¡Pobre Sabina! Ya está á merced de un hombre que no se ha casado completamente á su gusto.

El matrimonio no se compone solamente de placeres tan fugitivos en este estado como en cualquier otro, sino que implica conveniencias de humores, simpatías físicas y concordancia de caracteres, que constituyen un eterno problema en esa necesidad social. Las muchachas casaderas, lo mismo que las madres, conocen perfectamente los peligros de esa lotería, y por eso las mujeres lloran cuando asisten á una boda, mientras que los hombres se sonríen; y es que los hombres creen no aventurar nada, en tanto que las mujeres saben, poco más ó menos, lo que arriesgan.

En otro coche que precedía al de los recién casados iba la baronesa de Guenic, á la cual fué á decirle la duquesa:

— Aunque no haya tenido usted más que un hijo, es madre, y espero que me reemplazará al lado de mi querida Sabina.

En la delantera de aquel coche se veía un criado que servía de correo, y en la trasera dos camareras. Los cuatro postillones, vestidos con sus mejores uniformes, pues á cada coche iban enganchados cuatro caballos, llevaban ramilletes en los ojales y cintas en los sombreros, que el duque de Grandlieu no pudo lograr que se las quitaran ni aun pagándoles; el postillón francés es sumamente inteligente y gusta mucho de las fiestas, y aquéllos tomaron el dinero, pero al salir de París volvieron á ponerse las cintas.

—¡Vaya, adiós, Sabina!—dijo la duquesa.—No olvides tu promesa y escíbeme con frecuencia. Calixto, á usted no le digo nada, pero ya me entiende.

Clotilde, apoyada en el brazo de su hermano menor Ate-
nais, á quien sonreía el vizconde Justo de Grandlieu, dirigió á la señora casada una mirada astuta en medio de sus lágrimas, y siguió con los ojos al coche, en medio de los reiterados chasquidos de cuatro látigos más estallones que pistolas de tiro. En pocos segundos, el alegre convoy atravesó la explanada de los Inválidos y ganó el muelle del puente de Hiena, la barrera de Passy, el camino de Versalles y, por fin, la gran carretera de Bretaña.

¿No es, por lo menos, cosa singular que los artesanos de Suiza y de Alemania y las grandes familias de Francia y de Inglaterra obedezcan á la misma costumbre poniéndose en viaje después de la ceremonia nupcial? Los ricos se meten en una caja que rueda y los pobres se van alegremente por los caminos, deteniéndose en los bosques y banqueteando en todas las posadas mientras que dura su alegría, ó, mejor dicho, su dinero. Un moralista se vería muy apurado para decidir qué costumbre es más púdica: si la de la que se oculta del público inaugurando su hogar y su noche nupcial como hacen los buenos burgueses, ó la de la que huye de su familia mostrándose al público desconocido. Las almas delicadas deben desear la sociedad y huir del mundo lo mismo que de la familia. El rápido amor que comienza un matrimonio es un diamante, una perla, un tesoro que es preciso esconder en el fondo del corazón.

¿Quién puede contar una luna de miel á no ser la recién casada? ¡Cuántas mujeres reconocerán aquí que esta estación, de duración incierta (¡pues las hay que duran una sola noche!) es el prefacio de una vida conyugal! Las tres primeras cartas de Sabina á su madre acusaron una situación que,

desgraciadamente, no será nueva para muchas jóvenes casadas y aun para muchas viejas. Todas las que se han encontrado siendo, por decirlo así, enfermeras de un corazón, no se han dado en seguida cuenta de ello como Sabina. Pero las jóvenes del arrabal Saint-Germain, cuando no son torpes, piensan ya como viejas. Antes del matrimonio, reciben del mundo y de su madre el bautismo de las buenas maneras. Las duquesas celosas de legar sus tradiciones, ignoran á veces la importancia de sus lecciones cuando dicen á sus hijos: «¡No se hace ese movimiento!—No se ría usted de ese modo.—No hay que arrojarse sobre el diván; es necesario sentarse modosamente.—Deje usted esas detestables formas.—Eso no se hace así, querida mía.» Por esta razón, ha habido críticos plebeyos que han negado injustamente la inocencia y las virtudes de jóvenes que son únicamente, como Sabina, vírgenes perfeccionadas por el talento, por el hábito de los grandes aires, por el buen gusto, y que, desde la edad de diez y seis años, sabían servirse de sus gemelos. Si Sabina se había prestado á las combinaciones inventadas por la señorita de Touches para casarla, era porque debía pertenecer á la escuela de la señorita de Chaulieu. Aquella astucia innata, aquellos dones de raza, harán, sin duda, á esta joven tan interesante como á la heroína de las *Memorias de dos jóvenes casadas*, cuando se vea la inutilidad de estas ventajas sociales en las grandes crisis de la vida conyugal, donde quedan á veces anuladas bajo el doble peso de la desgracia ó de la pasión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I

"ALFONSO REYES"

A LA SEÑORA DUQUESA DE GRANDLIEU

vía 1629 MONTERREY, MEXICO

«Gueranda, abril de 1838.

»Querida madre: Ya comprenderá usted el por qué no le he escrito durante el viaje: nuestro espíritu está entonces como las ruedas del coche. Heme ya hace dos días en el fondo de Bretaña, en el palacio de Guenic, que es una casa labrada como una caja de coco. A pesar de las atenciones de la familia de Calixto, experimento un vivo deseo de volar hacia usted y de decirle una porción de cosas que comprendo

que sólo pueden decirse á una madre. Mamá querida, Calixto se casó conservando una gran pena en el corazón, y aunque esto nadie lo ignoraba y no se me ocultaban las dificultades de mi situación, éstas ¡ay de mí! son mayores de las que suponíais. ¡Ah! mamá, ¡cuánta experiencia se adquiere en pocos días, ó, mejor dicho, en pocas horas! Todas sus recomendaciones han sido inútiles, y adivinará usted el por qué, con esta sola frase: Amo á Calixto como si no fuese mi marido, es decir, que si, estando casada con otro, hubiese viajado con Calixto, amaría á éste y odiaría á mi marido. Heme, pues, casada con un hombre á quien amo completamente, involuntariamente, absolutamente, sin contar todos los demás adverbios que usted quiera añadir. Mi esclavitud se ha establecido, pues, á pesar de sus consejos. Usted me ha recomendado que me mostrase grande, noble, digna y arrogante para obtener de Calixto un cariño que no estuviese sujeto á cambios en la vida, y la estimación y consideración que deben santificar á una mujer en medio del hogar. Usted trinaba siempre, y, sin duda, con razón, contra las jóvenes de hoy, que, bajo pretexto de vivir bien con sus maridos, comienzan con la facilidad, la complacencia, la bondad, la familiaridad y un abandono, según usted, de *soltera* (palabra que le confieso que no he comprendido aún y que ya veremos si comprendo más tarde).

»—No olvides que eres una Grandlieu—me dijo usted al oído al partir.

»A todas estas recomendaciones, llenas de la maternal elocuencia de Dédalo, les cupo la misma suerte de todas las cosas mitológicas. Mamá querida, ¿podía usted suponer nunca que yo comenzase con esa catástrofe que termina, según usted, la luna de miel de los recién casados de hoy?

»Cuando Calixto y yo nos vimos solos en el coche, quedamos tan atontados el uno como el otro, comprendiendo todo el valor de una primera palabra; y ambos, aturdidos por el sacramento del matrimonio, miramos cada uno por nuestra portezuela. La situación era tan ridícula, que, en la barrera, mi señor me espetó con voz un poco turbada un discurso, preparado, sin duda, como todas las improvisaciones, y que yo escuché con el corazón palpitante y que me tomo la libertad de resumirle.

»—Querida Sabina, deseo que sea usted feliz, y, sobre todo, feliz á su manera—me dijo.—Así pues, en la situación

en que nos encontramos, en lugar de engañarnos mutuamente acerca de nuestros caracteres y de nuestros sentimientos con nobles complacencias, seamos ambos lo que habríamos de ser dentro de algunos años. Figúrese que tiene un hermano en mí, y yo me figuraré tener en usted una hermana.

»Aunque esto estuviese lleno de delicadeza, yo no encontraba nada en este primer *speech* del amor conyugal que respondiese al entusiasmo de mi alma, y me quedé pensativa después de haber respondido que estaba animada de los mismos sentimientos. Una vez hecha esta declaración de nuestro derecho á una mutua frialdad, hablamos de la lluvia, del tiempo, del polvo, de los relevos y del paisaje, con la mayor amabilidad del mundo, yo riéndome forzosamente, y él muy pensativo.

»Por fin, al salir de Versalles, le pregunté sencillamente á Calixto, al que yo llamaba siempre *mi querido Calixto*, como él me llamaba *mi querida Sabina*, si podía contarme los acontecimientos que le habían puesto á las puertas de la muerte y á los cuales sabía yo que debía la dicha de ser su mujer. El hombre dudó mucho tiempo, siendo esto objeto de un pequeño debate que duró tres relevos y durante el cual yo procuré fingirme muchacha caprichosa y decidida á enfadarme, y él se hizo la misma pregunta que se hacían los periódicos respecto á Carlos X: *¿Cederá el rey?* Por fin, en Verneuil, y después de haber cambiado juramentos capaces de contentar á tres dinastías, y de prometerle que no le reprocharía su locura, que no le trataría fríamente, etc., me contó su amor por la señora de Rochefide.

»—No quiero que haya secretos entre nosotros—me dijo al terminar.

»El pobre Calixto ignoraba que su amiga la señorita de Touches y usted se habían visto obligadas á confesármelo todo, y que no se viste una joven, como yo estaba el día del contrato, sin estar iniciada en su papel. Como á una madre tan cariñosa como usted se le debe decir todo, le diré que me hirió profundamente el ver que Calixto había obedecido, más bien que á mi deseo, á su afán por hablar de esta pasión desconocida. ¿Me reñirá usted, mamá querida, por haber querido reconocer la extensión de su pena y de la llaga del corazón que usted me había dado á conocer? Ocho horas después de haber recibido la bendición del cura de Santo

Tomás de Aquino, su Sabina se encontraba en la triste situación de una joven esposa que escuchaba de la misma boca de su marido la confidencia de un amor engañado y las fechorías de una rival. Sí, yo fui la protagonista de aquel drama en que una joven sabe oficialmente que debe su matrimonio á los desprecios de una rubia vieja. Con este relato, conseguí lo que buscaba. ¿Qué? me dirá usted. ¡Ah, mamá querida! he visto bastantes amorcillos conduciéndose unos á otros sobre relojes para poner en práctica esta enseñanza. Calixto terminó el poema de sus recuerdos con la más completa protesta de un olvido de lo que él llamó su locura. Toda protesta necesita una firma. El feliz infortunado me tomó la mano, se la llevó á los labios y la conservó entre las suyas largo tiempo. Y á esto siguió una declaración, si bien ésta, aunque nuestras bocas no dijese palabra, nos pareció más conforme con nuestro estado civil que la primera. Debí mi dicha á mi elocuente indignación contra el mal gusto de una mujer que fué bastante estúpida para no corresponder al cariño de mi hermoso y arrebatador Calixto...

»Me llaman para jugar á un juego de cartas que aun no he comprendido. Continuaré mañana. ¡Dejarla á usted en este momento para hacer el quinto en la *mosca*, sólo es posible en Bretaña!...»

«Mayo.

»Reanudo el curso de mi odisea. Al tercer día, sus hijos no empleaban ya el *usted* ceremonioso, sino el *tú* de los amantes. Mi mamá política, encantada al vernos felices, procuró sustituirla á usted, mamá querida, y, como les ocurre á todos los que se proponen borrar ciertos recuerdos, estuvo tan encantadora conmigo, que casi fué para mí usted misma. Sin duda adivinó el heroísmo de mi conducta, porque, al empezar el viaje, ocultaba demasiado sus inquietudes para no hacerlas visibles con el exceso de precauciones.

»Cuando vi aparecer las torres de Gueranda, le dije al oído á su yerno:

«—¿La has olvidado bien?»

»Mi marido, que se había convertido en *mi ángel*, ignoraba sin duda los tesoros de un afecto sencillo y verdadero, por-

que esta pregunta lo puso casi loco de alegría. Desgraciadamente, el deseo de hacerle olvidar á la señora de Rochefide me llevó demasiado lejos. ¿Qué quiere usted? amo y soy casi portuguesa, en lo cual me parezco más á usted que á mi padre. Calixto lo aceptó todo de mí como lo aceptan los niños mimados como él, que es hijo único. Aquí, entre nosotras, le diré que si yo llegase á tener una hija, nunca se la daría á un hijo único. Basta ya que las mujeres soporten á un tirano, y yo veo demasiados tiranos en un hijo único. De modo que hemos invertido los papeles, y yo me convertí en mujer adicta, sumisa y abnegada. La abnegación, cuando se saca provecho de ella, suele correr el riesgo de que se pierda la dignidad. Le anuncio á usted, pues, el naufragio de esta media virtud. La dignidad no es más que el escudo del orgullo, tras el cual rabiamos á nuestro gusto. ¿Qué quiere usted, mamá! Usted no estaba aquí, y yo me veía ante un abismo. Si yo hubiese conservado mi dignidad, hubiera sufrido los mudos dolores de una especie de paternidad que seguramente se hubiera convertido en indiferencia. ¿Y qué porvenir me hubiera esperado entonces? Mi abnegación ha dado por resultado el convertirme en esclava de Calixto. ¿Saldré algún día de esta situación? Allá veremos; pero, por de pronto, le confieso que no me desagrada. Amo á Calixto, le amo absolutamente y con la locura de una madre que encuentra bien todo cuanto hace su hijo, aun cuando éste la golpee.»

«15 de mayo.

»Mamá querida: Hasta ahora, el matrimonio se ha presentado para mí bajo la forma más encantadora. Despliego toda mi ternura por el más hermoso de los hombres, que una estúpida ha despreciado por un traganatas, pues esa mujer es indudablemente una estúpida, y una estúpida fría, que es la peor especie de todas las estúpidas. Me muestro caritativa en medio de mi pasión legítima, y curo heridas causándomelas á mí eternas. Sí, cuanto más amo á Calixto, mejor comprendo que me moriría de pesar si nuestra dicha actual cesase. Por otra parte, soy el ídolo de toda esta familia y de la sociedad que se reúne en el palacio Guenic. Un día que esté sola le describiré á usted á mi tía Ceferina, á la

señorita de Pen-Hoël, al caballero de Halga, á las señoritas de Kergarouët, etc., los cuales tienen todos caras de santos, así como también los dos criados, Marieta y Gasselín, que espero me dejará llevarlos á París, los cuales me miran como un ángel bajado del cielo y se estremecen cuando les hablo.

»Mi mamá política nos instaló solemnemente en las habitaciones ocupadas precedentemente por ella y por su difunto marido. Esta escena fué conmovedora.

»—Durante toda mi vida de mujer, he vivido feliz aquí—nos dijo.—¡Ojalá que esto sea un feliz presagio para vosotros, hijos míos!

»Ella ha ido á instalarse al cuarto que ocupaba antes Calixto, y de este modo pareció querer despojarse de sus recuerdos y de su noble vida conyugal para investirnos á nosotros en ella. La provincia de Bretaña, esta ciudad, esta familia de costumbres antiguas, todo, á pesar de las ridiculeces que los burlones parisienses vemos en ello, tiene algo de inexplicable y de grandioso hasta en sus detalles, que sólo se puede calificar con la palabra *sagrado*. Todos los tenedores de los vastos dominios de la casa Guenic, dominios rescatados, como usted sabe, por la señorita de Touches, á la que tenemos que ir á visitar á su convento, han venido á saludarnos. Estas buenas gentes, endomingadas y expresando todos viva alegría al saber que Calixto volvía á ser realmente su amo, me han hecho comprender la Bretaña, el feudalismo y la antigua Francia. Fué esta una fiesta tal, que no quiero describirle, sino relatarle con mi propia boca. La base de todos los arriendos fué propuesta por los arrendatarios mismos, y firmaremos los contratos después de una inspección que vamos á hacer en nuestras tierras, empeñadas desde hace ciento cincuenta años. La señorita de Pen-Hoël nos ha dicho que los cortijeros han demostrado una honradez que no tendrían seguramente las gentes de París. Partiremos dentro de tres días, é iremos á caballo. A mi vuelta, mamá querida, le volveré á escribir. ¿Podré decirle ya que mi dicha ha llegado al colmo? Si no puedo, le escribiré al menos para decirle lo mucho que la quiero.»

II

DE LA MISMA Á LA MISMA

«Nantes, junio.

»Después de haber desempeñado el papel de castellana adorada por sus vasallos, como si las revoluciones de 1830 y de 1789 no hubiesen derribado los pendones; después de cabalgatas por los bosques, de paradas en las quintas y de comidas sobre mesas viejas y sobre manteles centenarios, plegados bajo platos homéricos servidos en vasija antidiluviana; después de haber bebido vinos exquisitos en cubiletes, y de toros á los postres, y de estruendosos «¡Vivan los Guenic!» y de bailes cuya orquesta está formada por una gaita en la que un hombre sopla durante diez horas seguidas, y de ramilletes, y de recién casados que han venido á pedirnos la bendición, y de buenos cansancios cuyo remedio se encuentra en la cama con sueños que yo no conocía y con un despertar delicioso donde el amor es radiante como el sol que nos alumbra; en una palabra, después de una grotesca permanencia en el castillo Guenic, donde las ventanas son puertas cocheras y donde las vacas podrían pacer en las praderas que brotan en sus salones, pero que nosotros hemos jurado arreglar y reparar para ir á él todos los años en medio de las aclamaciones de los mozos del clan de Guenic, uno de los cuales llevaba nuestro pendón, ¡uff! ¡ya estoy en Nantes!

»¡Ah! ¡qué hermoso el día de nuestra llegada á Guenic! Madre mía, el rector, con su clero parroquial coronado de flores, salió á recibirnos y á bendecirnos, expresando una alegría tal, que aún, en este momento que te escribo, hace acudir las lágrimas á mis ojos. El altivo y noble Calixto desempeñaba su papel de señor como un personaje de Walter Scott, y recibía estos homenajes como si se encontrase en pleno siglo XIII. Yo he oído á las jóvenes y á las mujeres que se decían, como en un coro de ópera cómica:

»—¡Qué señor más guapo tenemos!

»Los ancianos discutían entre sí la semejanza de Calixto con los Guenic que ellos habían conocido. ¡Ah! ¡qué noble y

sublime Bretaña! ¡qué hermoso país de creencias y de religión! Pero el progreso la acecha; se comienza ya aquí á construir puentes y carreteras; las ideas nuevas penetraron, y ¡adiós lo sublime! Seguramente que los aldeanos no serán nunca tan libres y tan orgullosos como yo los he visto, cuando les hayan probado que son iguales á Calixto, si es que alguna vez quieren creerlo. Después del poema de esta restauración pacífica, y firmados los contratos, hemos dejado este encantador país, florido, alegre, desierto y sombrío, alternativamente, y hemos ido á arrodillarnos ante aquella á quien lo debemos todo. En memoria de ella, Calixto cuartelará su escudo con el de Touches, que es: *partido, cortado y tallado de oro y de sinople*. Tomará por soporte una de las águilas de plata y le pondrá en el pico esta bonita divisa de mujer: ¡Acordaos!

»Ayer fuimos al convento de las damas de la Felicitación, adonde nos llevó el abate Grimont, amigo de la familia de Guenic, quien nos ha dicho que nuestra querida Felicidad era una santa, y se concibe que no pueda ser otra cosa para él, toda vez que esta ilustre conversión ha contribuido á que lo nombrasen vicario general de la diócesis. La señorita de Touches no quiso recibir á Calixto, y me vió á mí únicamente. La encontré bastante cambiada, más pálida y más delgada, y se mostró muy contenta de mi visita.

»—Dile á Calixto—me dijo en voz baja—que si no le veo es porque no quiero procurarme un momento de dicha á cambio de muchos meses de sufrimiento. ¡Ah! si supieses cuánto trabajo me cuesta responder cuando me preguntan: «¿En qué piensa usted?» La superiora de las novicias no puede comprender la extensión y el número de las ideas que pasan por mi cabeza como torbellinos. Hay momentos en que veo Italia y París con todos sus espectáculos, al mismo tiempo que pienso en Calixto, el cual—añadió Felicidad de aquella manera poética que usted ya conoce—es el sol de sus recuerdos... Era demasiado vieja para ser aceptada en las Carmelitas, y pensé en la orden de San Francisco de Sales, acordándome de que este santo dijo: «¡Yo os descalzaré la cabeza, en lugar de descalzaros los pies!» negándose á esas austeridades que aniquilan el cuerpo. La cabeza es, en efecto, la que peca, y aquel santo obispo obró perfectamente haciendo su regla austera para la inteligencia y terrible contra la voluntad. He ahí lo que deseaba; porque

mi cabeza es la verdadera culpable, engañando á mi corazón hasta esa edad de cuarenta años en que, si una es por algunos instantes cuarenta veces más feliz que las jóvenes, más tarde se llega á ser cuarenta veces más desgraciada que ellas... Y bien, hija mía, ¿estás contenta?—me preguntó, cesando de hablar de sí con visible placer.

»—En este momento estoy bajo el encanto del amor y de la dicha—le respondí.

»—Calixto es tan bueno y sencillo, como noble y hermoso—me dijo con gravedad la monja.—Te he instituído heredera mía, y, por lo tanto, además de mi fortuna, posees el doble ideal que yo he soñado... Me he aplaudido mucho lo que he hecho—dijo después de una pausa.—Ahora, hija mía, no vayas á tropezar. Llegasteis fácilmente al país de la dicha, y no tenéis más que tender la mano para cogerla; pero procurad conservarla. Aun cuando no hubieses venido aquí más que para recoger los consejos de mi experiencia, tu viaje no sería inútil. Calixto sufre en este momento una pasión comunicada que tú no le has inspirado. Para hacer tu felicidad duradera, procura unir este principio al primero, es decir, la inspiración á la pasión. Por vuestro común interés, procura ser caprichosa, coqueta y hasta un poco dura si es necesario. No te aconsejo odiosos cálculos, ni tiranía, sino la ciencia. Entre la usura y la prodigalidad está la economía. Procura adquirir honradamente un poco de imperio sobre Calixto. Estas son las únicas palabras que pronunciaré y que tenía reservadas para ti, porque mi conciencia temblaba ante la idea de haberte sacrificado por salvar á Calixto: conquistalo bien, que tenga hijos y que respete en ti á la madre... En fin—me dijo con voz conmovida,—arréglate de modo que no vuelva á ver nunca á Beatriz.

»Este nombre nos sumió á las dos en una especie de entorpecimiento, y permanecemos con los ojos fijos la una en la otra, agitadas por la misma vaga inquietud.

»—¿Volvéis á Gueranda?—me preguntó.

»—Sí, le dije.

»—Pues bien, no vayáis nunca á Touches... He hecho mal en daros esa propiedad.

»—¿Y por qué?

»—Niña mía, Touches es para ti el cuarto de Barba Azul, pues no hay nada más peligroso que despertar una pasión que duerme.